Miguel X

A Tristan

Image not found.

Capítulo 1

Miguel X

Cerca de las nueve de la noche, en el mismo callejón sucio y oscuro, Miguel aguardaba por sus clientes habituales. Un silencio sepulcral dominaba la atmósfera, sólo interrumpido por algunos susurros en la distancia: motores de autos, gritos lánguidos y sirenas, nada atípico en los vericuetos de aquel lugar. Un minino negro cruzó por entre sus piernas, lo tomó y lo acarició con evidente suavidad, pero súbitamente el gato se escabulló de sus brazos y corrió entre las bolsas de basura, apiñadas en el flanco derecho de la callejuela. Un hombre se acercaba, emergió de la penumbra. Miguel aguzó la vista tras sus grandes anteojos oscuros, y con la mano en el bolsillo de su chaqueta aprisionó con vehemencia su *Smith & Weason*. Nada podía dejarse al azar, pensó.

—Qué tiene para mí —dijo el extraño.

— ¿Quién es? —preguntó Miguel.

—Un... cliente.

—Nunca le había visto por aquí.

—Tranquilo, hombre..., me recomienda un amigo suyo... un tal... Pelegrino.

—Hmm... Puede ser, hay que desconfiar, hay muchos problemas.

Miguel lo observó detenidamente: era un hombre calvo de frente ancha y hombros enjutos, de bigotes profusos y mirada diáfana, metido en una larga gabardina color marrón. Su apariencia pulcra anunciaba una buena venta.

— ¿Qué hay bajo la gabardina? —preguntó Miguel amenazante.

El hombre le miró con mansedumbre y respondió:

—Sólo mi cuerpo aterido…, me vas a vender algo o seguirás preguntando cosas innecesarias —dijo, cambiando el aspecto pronominal.

—Nada es innecesario en este negocio, todo es indefectible.

El hombre calvo sonrió discretamente.

— ¡Vaya!, para ser un vendedor de drogas, pareces tener un vocabulario

extenso.

— ¿Se está burlando de mí? no se pase, ¿sabe qué es tener una bala en el cerebro?

—Tranquilo, muchacho, sólo admiro tu lenguaje; y sí, en ocasiones me he preguntado qué es eso de tener una bala en el cerebro.

Bajo sus lentes oscuros Miguel frunció el ceño ante la extraña respuesta.

—Como quiera, no soy un ignorante, leo a Joyce y a Nietzsche, he leído cuanta basura filosófica se cruza en mi camino.

— ¿Basura?

—Es sólo un decir, pero… ¿Vino aquí a buscar erudición o a colocarse?

—Tienes razón…, dime qué vendes.

—Lo que quiera, amigo... pero muéstreme algo de amor.

El hombre calvo hurgó en uno de los bolsillos de su gabardina, Miguel no le perdió de vista, el extraño sujeto sacó un pequeño rollo de billetes.

— ¿Te parezco ahora cariñoso?

Miguel sonrió con satisfacción acariciándose la barbilla.

—Creo que será suficiente para ganarse mi aprecio.

—Perfecto..., ahora dime, qué tienes para mí.

—Bueno… tengo *rocas*, éxtasis, cocaína, LSD, *marihuana*, pepas, yerbas…, y otras pepas.

— ¿Heroína?

—No... Malo para mi negocio, sumamente adictiva, y no soy amigo de abrir cuentas de crédito.

—Vale..., quisiera un porro.

— ¿Un porro?..., ¿me está tomando el pelo? Con todo ese billete encima, y quiere un miserable cacho de marihuana.

—Tranquilo, hombre, es cuestión de entrar en calor —rió el extraño—.

Iremos hablando y probaré el resto de tu mercancía.

— ¿Qué?... me vio cara de salón social, ¡¡largo de aquí, hombre!! —dijo amenazante.

—Ya, ya... mira, tengo buen dinero, sólo quiero un buen viaje en compañía de alguien, ¿comprendes?

—No, hombre ¡¡ya le dije que no!! —Empezaba a exasperarse, de repente sacó su revólver y se lo apuntó muy cerca de sus ojos— ¡Es Ud. un hijo de puta policía! ¿No es así?

El hombre pareció no turbarse, a lo sumo, subió las manos en el acto.

—No, no. Sólo quiero droga y un poco de compañía, no te alteres…—Observó la punta del revolver, Miguel vio como una débil sonrisa se curvaba en los labios del hombre calvo, y en ese instante pensó que tal vez el tipo se había evadido de un manicomio.

Miguel se le aproximó sin dejar de apuntarle, con un gesto le señaló que levantara las manos, lo requisó minuciosamente, se separó de él unos cuantos pasos sin dejar de apuntar, lo miró y le advirtió:

—Tendrá que dejarme todo ese dinero aquí, va a tragarse toda esta mierda que vendo, ¿entiende?

—Sí, claro.

El semblante del hombre calvo se mantenía impávido.

—Venga —conminó Miguel.

Enrollaron rápidamente dos porros; el hombre calvo los encendió, tenía un encendedor plateado con dos letras iníciales grabadas en alto relieve: *Q & T.*

— ¿Es acaso usted Quentin Tarantino? —preguntó Miguel, cuando la marihuana envolvía con su vaho amargo el húmedo callejón.

— ¿Lo dices por el encendedor? Ja, ja, ja... Me llamo Quinto Torres... No es un buen nombre pero tampoco es común, ¿y tú, cómo te llamas?

—Soy M. X.

— ¿Malcolm X?

—No, él es un personaje al que le guardo un profundo respeto, pero soy

Miguel X.

—Y por qué la X.

—Porque X significa que ya no soy un esclavo de ustedes los blancos. Ya no tengo ese apellido que un idiota de ustedes le puso a uno de mis antepasados.

—Son palabras muy similares a las de Malcolm.

— ¿Y qué? ustedes parafrasean a Freud, a Bolívar y a Lincoln, ¿yo acaso no puedo hacerlo con un ilustre afroamericano?

—Hmm, amigo, puedes parafrasear a quien decidas, éste es un país libre.

—No me diga, esto es una falacia, una falsa democracia, ¿ha visto en esta nación a una mujer ser presidente o a un hombre de color? —indagó Miguel cáusticamente.

—Los habrá pronto.

—De qué habla, ¿pronto?, ¿cómo un regalo de consolación histórico?

—Es cuestión de que los líderes de color o las líderes femeninas sepan capitalizar sus ideas y consoliden un programa que le guste a los votantes —afirmó el hombre impasiblemente.

— ¿Qué dice, hombre? —preguntó Miguel escéptico.

—Lo que escuchas.

—¡¡Basura racista!! —espetó Miguel, arrojando la colilla de su porro contra la fría pared.

— ¿Yo?

—¡¡No!! Me refiero a lo que habla, me parece un discurso racista.

—Discrepe entonces.

—Aquí las posiciones están vendidas, desde la colonización, desde las grandes guerras, los roles han sido repartidos, y a las minorías, ¡ni una mierda!

—Ja, ja, ja. —rio el hombre por lo bajo.

—De qué se ríe…

—Muy enconada tú defensa, pero le falta mayor justificación; sólo ten calma, el mundo evolucionará.

—Una mierda...—afirmó Miguel sacudiendo la cabeza—. Sigue poniéndose peor, más desigualdad, más riqueza para los protervos de la aristocracia y la plutocracia, y los pobres… No recibimos nada.

— ¿Ah sí? —dijo en tono irónico. Acto seguido dio una honda chupada al exiguo porro de marihuana—. Cuéntame. ¿Qué haces por cambiar el mundo?, lees a Malcolm y a Nietzsche y luego ¿te sientas a fumar con tu pipa de crack?

Por un momento el muchacho se quedó boquiabierto, ¿habría escuchado bien?, el extraño cliente de la noche le miraba con desprecio y con una sonrisa burlona que le cruzaba el rostro. Miguel no pudo entonces controlarse.

— ¡Hijo de puta! —vociferó. Le apuntó con su arma y luego le golpeó el rostro con fiereza, el hombre se balanceó pero no cayó. Miguel le miró entonces: un hilo de sangre nacía de su frente lustrosa y se perdía en la comisura de sus labios.

—¡Ja, ja, ja! —El hombre calvo se echó a reír como loco—. Cuéntame, *negro*, dime, les vendes armas a los jóvenes y crack a los niños y ¿así cambiarás al mundo?

—Usted no me conoce…, yo no hago esa clase de cosas —decía Miguel iracundo, sin dejar de apuntarle con pulso medroso.

—No lo necesito, no necesito saber lo que en verdad haces. Le prestas un flaco servicio a la historia, perpetuas los mitos acerca de tu gente, no haces nada por mejorar su imagen, Malcolm fue un gran hombre, Cassius, Frazier y Foreman ¡GUERREROS DE CUNA!, ¡Hendrix, Kravits…! ¡JA, JA, JA!, ni que decir de Louis Armstrong, Cole, o Ella Fitzgerald, podría escucharles por horas con mis ojos humedecidos por la emoción, aplaudirles hasta sangrar… son dioses de ébano…, pero tú, pero tú… un traficante, un maldito traficante que le gusta leer…, ¡qué maldita contradicción! ¡Hay que ser caradura, tener muchos huevos! ¡JA, JA, JA! —no paraba de soltar esa risa estruendosa y lunática.

— ¡Cállese!, está loco hombre — decía Miguel furioso, mirando de un lado a otro, con la esperanza de que nadie presenciara la singular escena. Por entre sus oscuros lentes una fina lágrima se deslizaba—. Cállese —decía nuevamente, mascullando, apretando los dientes—. No me conoce, no

sabe lo que he vivido.

—Nooo, ya dije que no, no te conozco, pero conozco mejores personas que tú, que aun si vienen de lo más profundo y abyecto de la sociedad, no hacen lo que haces, ¿comprendes idiota?... ¡JA, JA, JA!

—Se cree tan inteligente como para sobrevivir a una de estas balas... loco de mierda, ni siquiera le hace bien un porro... te voy a matar hijo de puta, ¡¡¡te voy a matar!!! —gritó furibundo, se le acercó y le apretó el frió cañón contra su frente tumefacta.

—Eso es —susurró el hombre calvo, con los ojos llorosos y fulgurosos de locura—.Mátame… Matameeee, no tengas miedo, hijo, seré el primero ¿no es así? En fin, la verdad es que no te imaginas cuanto necesito una de esas balas.

La mano que asía el revolver temblaba incontrolablemente, Miguel se apretaba los dientes espantosamente, para aquel instante ambos resumían perfectamente la pintura del desvarío.

—No soy un asesino, no soy....

El hombre calvo hizo un movimiento inesperado, súbitamente le arrebató el revólver, lo puso en su sien derecha. Sonrió abriendo sus ojos como un demente y se voló los sesos. La detonación fue sorda y la masa gris sanguinolenta alcanzó a volar sobre la chaqueta de cuero de Miguel. El muchacho le observó en el suelo, inerte derramando sobre la faz del callejón un líquido violáceo. Tomó el rollo de billetes, el encendedor de plata y echó a correr sollozante dejando el cuerpo, su mercancía y su *Smith & Weason* aún humeante.